

La *fatiga histórica*. Jesús enseña a sus discípulos a descubrir la urgencia de la hora y la cercanía del Reino. La humanidad está fatigada, íntimamente agredida por su pecado; descreída de proyectos sin variantes, irremediamente destinados a repetir los anteriores errores. La *fatiga* supera el cansancio, cierra perspectivas y clausura definitivamente la historia. Un pueblo fatigado ya no lucha de verdad, aunque proteste y destroce lo malo y lo bueno que encuentra en su camino de vértigo. Jesús se hace cargo del pueblo fatigado y le devuelve las energías perdidas. “*Cura sus enfermedades y dolencias*”¹ para hacerlo capaz de responder al llamado a ser partícipe del Reino. Nuestro pueblo, aparentemente activo en sus legítimas demandas, está demostrando una fatiga sin parangón histórico. Necesita ser curado y aliviado para exigirse un protagonismo reconstructor que active su salida de la crisis. Jesús le ofrece curar su libertad, no sustituir su esfuerzo y decisión; no se contenta con un llamado formal, respalda eficazmente el deseo y la buena voluntad de quienes deciden aceptar su propuesta. Me temo que desfallezcamos entre expresiones de espectáculos circenses que distraen del cambio necesario. Un signo de ese decaimiento es la fluctuación emotiva que parece caracterizarnos. Fácilmente pasamos de la adhesión exaltada e incondicional al

repudio, del acuerdo irreflexivo a la condena sin piedad, del sí al no, de la fe a la incredulidad.

2.- *Proyección social del Evangelio*. No es bueno que así sea. No presagia un futuro inmediato mejor mantener una oscilación que se agota en sus extremos. Cuando anunciamos la próxima celebración del Congreso Eucarístico nos referimos a la presencia central del Señor en la vida ciudadana. No constituye un mero acto de culto. Su presencia viva sigue curando a la multitud de enfermos, instruyendo a los hambrientos de verdad e iluminando los senderos que la mezquindad aún intenta borrar. Es preciso desentrañar la verdad evangélica y mostrar sus proyecciones sociales, como lo hace Juan Pablo II, no permitiendo que la religión pase al rincón de las cosas viejas e inservibles. Sería una imperdonable traición a la humanidad. La salvación pasa por este sendero humilde de la mesianidad de Cristo. No hay sustitutos; quienes intentaron presentarse como tales han atraído incontables penurias sobre indefensos y honestos ciudadanos. Su centralidad es requerida con mayor urgencia después de cada intento de reemplazarlo. Nos encontramos en condiciones de agotamiento como si hubiéramos regresado a la esclavitud después de haber tocado la tierra prometida de los valores fundamentales, ahora descuidados o menospreciados.

3.- *Más silencio y más trabajo*. Nuestra sociedad exhibe otra nota que la simple ignorancia. Hay gente inteligente que expone con habilidad académica lo que se debe hacer. Pero, se ha producido un debilitamiento

¹ Mateo 9, 35

institucional que restó coraje a los responsables de promover la independencia interna y externa debida y de aplicar las medidas que correspondan. Nos encontramos ante un mundo cultural que se ampara en la locuacidad. Habla mucho y dice poco; programa incansablemente pero, en el momento de las realizaciones, desfallece sin conseguir la meta propuesta. Necesitamos más silencio y más trabajo, más pensar en el bien de todos que considerar el éxito circunstancial como derecho adquirido de supremacía, tanto de personas como de sectores. Se ha hablado del *sentido patriótico* ausente de muchos litigantes en este gran campo de batalla en el que parece haberse convertido nuestra dolorida Nación. No se condice nuestro actual estado con el amor a la Patria. Hemos olvidado a nuestros próceres. Nos hemos dormido sobre los laureles que ellos han logrado.

4.- *Gestos y compromiso*. No es para desesperar o para desconfiar de la buena voluntad de todo el mundo. Los mejores necesitan confrontar sus rectas intenciones con la verdad deducida de la experiencia histórica reciente. El *diálogo* se apoya en la calidad moral de sus actores. De otra manera se convertirá en un parloteo sin perspectiva de consensos oportunos y útiles. Las acciones propias, promovidas en razón de un ámbito espiritualmente prestigioso, apenas alcanzarán a ser una expresión de buenos deseos. La crisis que nos apremia no se resuelve con ese tipo de expresiones; se requieren gestos claros y compromisos que los avalen. La ejecutividad manifestada por los próceres ha contribuido a definir la identidad de una Nación joven; su

compromiso los condujo a darlo todo, hasta la propia vida. Claro es el objetivo, se requiere jugarlo todo por alcanzarlo. Dos son los elementos identificatorios de los auténticos gestores del nuevo orden de cosas: *claridad* en las propuestas y *decisión* para llevarlas a buen término *contra viento y marea*. Nos corresponde a todos solicitar tal fisonomía intelectual y moral a quienes pretenden dirigenciar la República.

5.- *Anarquía solapada y explosiva*. La desorientación general debilita el intento por aclarar verdades y señalar caminos de acceso a las mismas. Cada uno inventa un mundo propio, una fe acomodada a sus caprichos y una metodología para la acción que no respeta los derechos de los demás. Es imprescindible establecer normas para el comportamiento, señalar límites y exigir que no sean violados; en una democracia auténtica no dependerán de la clarividencia de un hombre o de la cohesión circunstancial de un grupo. Son necesarias las leyes y la administración de una justicia independiente que las aplique. Creo que existe un reclamo insistente para que se invistan jueces probos y apolíticos que garanticen la libertad, el orden y los derechos de las personas e instituciones. Mientras no sea así, el peligro de una anarquía solapada y explosiva mantendrá su temible presencia. ¡Dios no lo permita y el pueblo no lo tolere!